

LA ENSEÑANZA DEL PIANO A LOS NIÑOS

ENSAYO DE PEDAGOGIA MUSICAL

P O R

Elisa Gayán

BIEN sabido es que los seres humanos nacen provistos de lo que llamaremos un «equipo psíquico» que es el que determina su tipo de personalidad y sus respuestas adaptadas o no, en mayor o menor grado, al medio. En este equipo psíquico juega un papel de importancia lo que los psicólogos califican de «régimen de preferencias». Es éste una condición *sine qua non* para que el ser humano triunfe o fracase parcialmente en la actividad que, al correr de los años, le harán desarrollar. De aquí la orientación natural que hará que un niño desde pequeñito demuestre interés por tales o cuales actividades, y la razón básica de que el adulto exclame en más de una vez de su vida: «yo hago esto, pero *me habría gustado ser lo otro...*». Naturalmente, allí actúa un «régimen de preferencias» que, por razones obvias, no pudo tener una forma acorde para expresarse, pero que permanece en latencia.

La música, con sus poderosos resortes emocionales y de fuerza como estímulo externo, es una de las actividades que despiertan desde la edad más temprana el interés del niño. Mas, no confundamos el interés de una alegre recreación con el interés de conocer sus secretos o someterse a su aprendizaje.

El niño se adormece o escucha lleno de encantamiento una canción de cuna; sentado en su coche o en su cama, sigue con movimientos corporales el ritmo de un canto danzable; más tarde, cuando ya camina, *baila* según sus familiares. También, desde pequeño emite gritos agudos siguiendo una canción, con lo que *canta*, según los mayores. Consideradas todas estas manifestaciones en el terreno científico, no son sino respuestas naturales de su ritmo vital y de su sistema nervioso excitado, al tratar de acomodarse al ritmo-estímulo que está recibiendo; o sonidos reflejos emitidos por la necesidad de exteriorizar la impresión agradable o desagradable que le significa emocionalmente la voz humana.

Llegado a la época del kindergarten, donde cada día aumenta la enseñanza musical, dado que se siguen descubriendo las excelencias de este arte en la formación de la personalidad, el niño sigue recibiendo la actividad musical como un juego agradable, que es lo que se persigue. Los familiares y, a menudo, los profesores podemos engañarnos al creer que ese niño que desde pequeño vivió en un ambiente propicio y demostró condiciones de músico, pueda tener el *interés necesario* para someterlo a un aprendizaje serio y sistemático. Si en verdad éste existe, lo que es facilísimo de constatar por la insistencia con que el niño «quiere tocar el piano» o «quiere tocar el violín»; observada la forma cómo se comporta cuando al-

guno de estos instrumentos está a su alcance, nos da la pauta de si es o no aconsejable someterlo a su aprendizaje, que debe emprenderse cuanto antes mejor, visto que en la primera infancia cerebro y sistema psicomotor responden casi automáticamente a los estímulos y enseñanzas, puesto que aun ninguna influencia ha desvirtuado una preferencia natural, ni se han formado imágenes erróneas de conocimientos.

* * *

Sobre el caso de un niño que ya recibe enseñanza instrumental, me atrevo a resumir experiencias propias y de otros profesores, compañeros míos, como Isis Muñoz, profesora de violín del Conservatorio Nacional de Música, al comprender la educación instrumental de un educando de cuatro y medio años, R. C. G., que manifestó un deseo vehemente de tocar un instrumento de música. Desde luego, concordamos en poner al niño frente al instrumento solicitado para que haga con él lo que quiera y al mismo tiempo *lo conozca*. No es posible llevar a un alumno de cortos años frente a un mundo desconocido esperando que disponga del control suficiente para ir explorándolo cuidadosamente. Pasado este período de conocimiento del terreno en que va a actuar libremente, a su antojo, espontáneamente, viene la necesidad de «tocar bien» o período de organización. Entonces, sólo entonces, es llegado el momento de empezar a *enseñar*.

Pensemos en un niño de 4 ó 5 años. Es el período psicomotor por excelencia. Empezamos por enseñarles a desenvolverse en el teclado: con sus manitas lo empieza a recorrer para ir discriminando los sonidos altos y los bajos. Poco a poco, por imitación, los llevamos al uso de las teclas negras (que les despiertan mucha curiosidad) con lo que los ponemos dentro *del terreno tonal mayor*. Las tonalidades de Do, Re, Fa, Sol y La, pueden usarse en sus cinco primeros grados sin mayor peligro. Seguimos desarrollando su capacidad *de traslación* y aumentamos su radio de acción por medio del primer ejercicio del Hanon (a imitación); este ejercicio se mueve dentro de cinco notas saltándose una tercera entre la primera y segunda, con lo que se les da la posibilidad de avanzar y recorrer el teclado completo; posteriormente se les hará también volver al punto de partida.

Conjuntamente con esta gimnasia pianística, que les permite organizar y coordinar sus movimientos, van adquiriendo los conocimientos necesarios para leer música. Para ello, tenemos un pedazo de cartulina blanca con una pauta grande y muchas «redondelas» movibles, de color negro, que representan las notas. *El niño necesita un horizonte o un punto de apoyo para organizar un conocimiento*; de aquí que siempre iniciemos nuestro trabajo con la línea Mi (o raya Mi), que es la de más abajo; luego la «raya Sol». Sobre ellas se colocan las redondelas o notas que se nombran de acuerdo con el lugar que están ocupando. En una segunda sesión, trabajamos con el Re y Fa y luego llegamos al Do central que es una re-

dondela con una rayita al medio. Tenemos, de esta manera, las primeras cinco notas, con las cuales podemos construir infinitos recursos de combinación y con las cuales se debe empezar un estudio más amplio, ya que todos los textos de enseñanza infantil están basados en ellas.

Dominadas las notas en la cartulina con los *signos móviles*, pasamos a los *signos fijos*. Un cuaderno de dibujo lo pautamos con caracteres grandes. Allí les escribimos pequeñas frases de 3, 4 ó 5 sonidos, con sentido y lógica musical, que ellos deben tocar con las dos manos. Empezamos el uso de las llaves que fácilmente identifican con los sonidos altos y bajos. Al mismo tiempo, los llevamos a la gráfica musical, en un segundo cuaderno de dibujo pautado, donde hacen tareas sobre notas «Mi», «Sol», etc. Posteriormente, y de acuerdo con los niños, hacemos cantos a sus familiares, juguetes o amigos predilectos: todos ellos orientados al conocimiento reforzado y combinación de los cinco signos de notas conocidos y a despertarles un principio de creación propia.

En el aspecto de la medida y de las figuraciones, recurrimos a un sistema que decimos en clase, de *caminar con sus pies*; les hacemos marchar en negras, contando ellos mismos «uno» en cada paso; inmediatamente, les ponemos frente a la gráfica de esta medida y les damos a conocer la figuración de negra. Contamos después dos pasos (1-2) y realizamos las divisiones de uno y dos separadas por una raya (barra de compás); luego, tres negras y el mismo procedimiento. Repetimos muchas veces este concepto de medida en sesiones diferentes y poco a poco les llevamos *al reconocimiento auditivo* del ritmo en dos o en tres, a través de lo que les tocamos en el piano o les cantamos. Sentido y afianzado el ritmo en negras, empezamos con la figuración de blanca, que significa la detención del movimiento durante dos espacios de tiempo que ellos deben contar y golpear con sus manos. Pasamos a continuación a la figuración de corchea, que ellos inmediatamente reconocen que es lo contrario de lo otro; antes tenían que detenerse y ahora van «de carrerita». De más está advertir que el concepto de medida y pulso rítmico hay que hacerlo sentir corporalmente, ya sea por movimientos de marcha, golpes de sus manos, en tambores, etc., al mismo tiempo que van *contando* en alta voz y reconociendo lo que están realizando.

Vienen después los silencios que son signos que duran como las blancas, negras o corcheas, pero que cuando aparecen no hay que decir ni tocar nada. Más tarde, las alteraciones, cuyos nombres les enseñamos. Esta, como «enrejadito», se llama *sostenido* y hace que la nota se toque en la tecla que está al lado *pero más arriba*, ya sea esta blanca (mi sostenido) o negra (do sostenido); esta otra que parece una letra *be* se llama *bemol* y hace que la nota se toque en la tecla de al lado *pero más abajo*. Luego, con esos numeritos chicos que aparecen sobre cada nota, les instruimos en *el dedaje*. Les hacemos conocer sus manos, derecha e izquierda, y el orden de sus dedos al tocar. Vamos así conociendo los simples elementos básicos para tocar el piano; de suerte que cuando les ofrecemos su

primer texto de música ya manejan fácilmente todo el lenguaje gráfico con que se van a encontrar.

Preferimos empezar nuestra enseñanza con los libros como el «Music Land» o «Teaching little fingers to play», porque éstos presentan una lógica graduación, trabajan las dos llaves simultáneamente, van aumentando el conocimiento de los sonidos, ayudándose de recursos externos que facilitan la fijación del niño en lo que interpreta, y son amenos al intercalar melodías que pueden tocarse a cuatro manos o a dos pianos, como es el caso del segundo, que se complementa con un suplemento de esta especie. No hay por qué insistir en la labor integral que vamos desarrollando, ayudadas por los cuadernos de dibujo complementarios, donde los niños ejercitan su gráfica y fijan mejor por medio de la escritura de los signos correspondientes a lo que aprenden, al mismo tiempo, les insistimos en el reconocimiento auditivo de las notas básicas y de los ritmos elementales.

Por el procedimiento esbozado, en realidad, ni siquiera nos damos cuenta de cuándo el niño, lleno de contento, está capacitado para tocar en su casa con su mamá o su hermano mayor a cuatro manos o cuando nos trae una piecicita que él mismo inventó y de la cual se muestra muy orgulloso. Aprenden tan rápido que se nos olvida el tiempo.